

Funcionalidad política y definición del bárbaro en el mundo clásico. Diferencias entre Grecia y Roma

Cecilia Ames
Universidad Nacional de Córdoba-Conicet

I. Introducción

El término bárbaro registra una larga historia que se remonta a los primeros documentos escritos que nos han llegado. Aunque a nosotros nos ha sido transmitido por los griegos, coincide con el *barbara* del antiguo indio y con el semítico *barbaru*, ambos derivados del sumerio *barbar*, cuyo significado está ligado a la lengua y designa a los que hablan de modo incomprensible.¹ De allí que desde los primeros documentos lo encontremos significando “extraño” y “extranjero”, pues ellos son los que hablan un lenguaje diferente, incomprensible. Formando antinomias, también registra un largo itinerario, pues la primitiva oposición “helenos-bárbaros” del mundo griego que se cristaliza en el siglo V. a.C., fue reemplazada con el correr de los siglos por la oposición “romanos-bárbaros” a partir del siglo III d.C., y de allí pasó a contribuir al surgimiento de nuevas antinomias, cuya matriz común es la oposición “civilizado-bárbaro”. Cómo son posibles estas continuas metamorfosis, que no acabaron en aquella época sino que se continuaron reeditando durante la Edad Media y Moderna y las vemos aparecer aún en nuestros días? Ellas son posibles porque el bárbaro es, por sobre todo, el “otro”, tenga éste las características que tenga, de allí que el bárbaro se metamorfosea y cambia de etnia, de religión y de nombre casi indefinidamente, pero siempre permanece como el otro. Pero hablar de los otros es también hablar de nosotros mismos, de modo que el discurso sobre el otro se convierte en un discurso de autodefinición, la historia del otro es nuestra propia historia y el modo de construir ese otro varía según una amplia gama de condiciones en las que se encuentra inserta esa construcción. Con los griegos y su invención del bárbaro comienza para Occidente un modo de concebir, de inventar y de inventariar a los otros y, así, la dualidad “heleno-bárbaro” es un escalón fundamental en la larga lista de conceptos contrarios asimétricos que sentará las bases para la posterior oposición “romano-bárbaro”, “civilizado-bárbaro” “occidental-oriental”. De allí que

¹ Dada la repetición de la secuencia “barbar” como forma de onomatopeya, es bárbaro quien tiene dificultades de enunciación y pronunciación, el que tartamudea o tiene un modo de hablar áspero. Del griego *bárbaros* proviene el término latino *barbarus*.

entre los conceptos contrarios asimétricos² la dualidad helenos-bárbaros ocupe un lugar preferencial, pues uno de sus componentes, el término “bárbaro” es aplicable hasta nuestros días en general tanto en el lenguaje científico como político, mientras que la expresión “helenos”, que originalmente determinaba a “bárbaro” en forma negativa, ya no sobrevive más que históricamente o como nombre concreto de un pueblo (Koselleck 1984: 211-221). Por eso, la pareja clásica pertenece a la historia, pero muestra rasgos modélicos que emergen siempre de nuevo en el curso de la historia, pasando a constituir un elemento profundamente arraigado en el imaginario de occidente, de allí que sea importante para nosotros una revisión del origen y desarrollo de ese término bárbaro que utilizamos y encontramos cotidianamente en todas las formas de discurso.

II. El bárbaro en el mundo griego

El significado corriente del término bárbaro como “no griego” es, sin duda, el resultado de un desarrollo que culmina en Atenas en el siglo V. a.C. Dada la escasa documentación conservada, es difícil de determinar con precisión las connotaciones del término bárbaro en épocas anteriores al siglo V, sin embargo el rastreo de los testimonios puede iluminar algunos momentos del proceso de construcción y observar las relaciones con las condiciones objetivas. Homero denomina *barbarófonos* a los carios, un pueblo de Asia Menor que hablaba una lengua incomprensible para los griegos y este término es sin duda peyorativo en comparación con *alloglófonos*, que también significa que habla otra lengua, extraño, extranjero.³ Esta relación de bárbaro con incomprensión en el habla pronto se extenderá a incomprensión en el plano del entendimiento y así encontramos que Heráclito, que vive en Éfeso a fines del siglo VI a.C. (Kirk 1969: 258 s.) se refiere a los que tienen “almas bárbaras” (Frag. 107 D) y no comprenden el logos, la palabra que a su vez significa orden, razón y medida.⁴

Tucídides, historiador griego de fines del siglo V,⁵ notaba en su *Arqueología* (*Historia de la Guerra del Peloponeso* I, 2-19) que la distinción entre griegos y bárbaros no pertenece al pasado griego, pues Homero no conoció la denominación

² Sobre la semántica histórica-política de los conceptos contrarios asimétricos véase Koselleck (1984: 205-250 ss.) Tercera Parte: Sobre la semántica del cambio histórico de la experiencia”.

³ En algunos textos clásicos posteriores vemos que los carios mantienen la fama de muelles, cobardes y pérfidos y, entre los romanos, las mujeres carias eran solicitadas como plañideras en los funerales (Diccionario del Mundo Clásico Labor).

⁴ Bárbaros son los que presentan dificultades para entender ya no la simple palabra hablada sino el logos, la “palabra” que a su vez significa razón, orden y medida, y no saben interpretar ni entender las señales del pensar. Así Heráclito mantiene y completa la valoración negativa que ya encontramos en Homero.

⁵ Ateniense, nació alrededor del 455, empezó a escribir su *Historia de la Guerra del Peloponeso* cuando comenzó ésta, en el 431 y siguió trabajando terminada la guerra en el 404.

común de “helenos” ni de “bárbaros”⁶ y el término bárbaro o el concepto de barbarie están ausentes en su obra.⁷ Para Tucídides hubo un tiempo en que los griegos no se distinguían de los bárbaros, incluso el Peloponeso y prácticamente toda Grecia, según Hecateo de Mileto,⁸ habían estado en el pasado habitados por bárbaros y los atenienses, al menos en los comienzos, fueron primero bárbaros y luego griegos (Heródoto, *Historias* I, 57). De acuerdo a esto, aunque se testimonia muy poco el uso del término bárbaro antes del siglo V a.C., se puede afirmar que durante el período arcaico no se observa una delimitación conceptual que distinga los griegos de todos los otros pueblos con los que los griegos tomaban contacto, de modo que bárbaro no era un término que englobara a todos los no-griegos.

El término bárbaro proviene originalmente de las ciudades griegas del Asia Menor y designa a los pueblos indígenas de allí y del norte que vivían fuera del radio del mundo griego, ajenos a la cultura griega.⁹ Efectivamente, el periodo de la colonización, que abarca los siglos VIII al VI a.C., puso a los griegos en contactos con los pueblos indígenas que habitaban las costas del Mediterráneo.¹⁰ En general los pueblos indígenas, de los que poco sabemos, eran llamados bárbaros como designación peyorativa, pues todos estos pueblos no eran mencionados como prestigiosos ni poseían culturas desarrolladas, se trataba de lidios lujuriosos, de tracios brutales y de frigios de raras conductas sexuales.¹¹ El concepto de barbarie queda ligado así a la falta de dominio y al desenfreno, los bárbaros son también cobardes, groseros, glotones, crueles, pero el término bárbaro no designa en este periodo a “todos los otros”, sino sólo a los pueblos carentes de cultura. Bárbaros son los tracios, los escitas, los lidios, los frigios,

⁶ Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I, 3, 3: “Él (Homero) ni siquiera menciona a los bárbaros, porque según mi parecer los griegos aún no se distinguían con un nombre único que los opusiera a aquellos”.

⁷ Tucídides, fundándose en algunas prácticas como la piratería y el uso de las armas, concluye que “el mundo griego antiguo vivía de manera análoga al mundo bárbaro actual”, esto es, su género de vida era bárbaro. Pero con el tiempo, mientras los bárbaros se mantuvieron en su condición de bárbaros, los griegos y, en primer lugar los atenienses, se convirtieron en lo que son (Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I: 6, 6).

⁸ Hecateo de Mileto nació a mediados del siglo VI a.C., es mencionado por Heródoto al referirse a las guerras de las colonias griegas del Asia Menor contra los persas. De sus obras históricas y geográficas sólo se han conservado fragmentos publicados en *Fragmenta Historicorum Graecorum*. Cfr. Frg. 119.

⁹ El testimonio más importante es la utilización del término por parte de Heráclito en un sentido crítico (Frg. 107, Diels-Kranz). También Hecateo de Mileto.

¹⁰ Sucesivas migraciones y nuevas fundaciones expandieron el mundo griego desde las costas del Asia Menor a las costas más remotas del mediterráneo, destacándose las fundaciones de Sicilia, sur de España, Francia Italia, y norte de Africa.

¹¹ Lidios: Jenófanes Frg. 3, Diels-Kranz; Tracios: Arquíloco Frg. 93a, West; Frigios: Arquíloco Frg. 42, West.

etc. pero no los pueblos de culturas altamente desarrolladas como los egipcios, los mesopotámicos o los persas.

Sin lugar a dudas, fue en el siglo V a.c., en el marco del conflicto con los persas¹² y bajo el liderazgo político y la hegemonía económica y cultural de la Atenas democrática, cuando “bárbaro” se conformó como concepto antónimo y asimétrico de “griegos” (Jüthner, 1923 y Nippel: 1990) y pasó a designar a todos los otros, los extranjeros.¹³ En efecto, el gran enfrentamiento con los persas a inicios del s. V motiva una producción literaria e ideológica en la que convergen historiadores, trágicos y comediógrafos que construyen la figura del bárbaro como antítesis perfecta del griego. Ciertamente los griegos podían construir su identidad remitiendo su comunidad a peculiaridades que le faltaban a los extranjeros: la fundación de la polis como una organización de ciudadanos era opuesta a la monarquía oriental, la formación corporal y espiritual, el idioma y el arte, los oráculos y fiestas de culto eran ámbitos que parecían confirmar el significado de los helenos como ciudadanos libres, benévolo y educados. Lo opuesto a los griegos son los bárbaros, los otros, los extranjeros y, de un modo diferenciado, los persas, pues ellos serán ahora los bárbaros por excelencia. Al cronista de esta guerra, el historiador Heródoto, debemos la definición de la identidad griega¹⁴ y la invención e instalación definitiva de un paradigma clave en la historia occidental: el paradigma de la representación del bárbaro como el “otro” absoluto, el no griego, el enemigo y, también, el persa, el oriental.¹⁵ Desde entonces el mundo se divide en griegos y bárbaros y ellos habitan dos territorios diferentes: Europa y Asia (Cobet, 1996); la cita de Heródoto no ofrece ambigüedades: “pues los persas se adjudican el

¹² Las guerras persas, por error llamadas a veces médicas, tuvieron lugar entre el 492 y 479 a.C., sin embargo el conflicto comienza a fines del siglo VI a.C. Con la victoria griega en la segunda guerra comienza el período de la hegemonía de Atenas que queda a la cabeza de la Liga de Delos (479-431).

¹³ Esta invención del bárbaro, circunscripta temporalmente, muestra también la especificidad, pues ningún otro pueblo llegó a acuñar un término único que englobe a la totalidad de sus exteriores o extraños.

¹⁴ El concepto de bárbaro no es pensable sin una representación de lo que son los griegos. Heródoto define la identidad griega, refiriéndose a lo común de los griegos que los aglutina en su lucha frente a los persas: comunidad de lengua, de costumbres y de religión. Las características comunes de los griegos son aducidas por los atenienses para fundamentar su estricto rechazo a entrar en negociaciones con los persas. La representación de una identidad no ateniense, espartana o argiva sino general y basada en una etnicidad común, no era en ningún caso una representación corriente o habitual para cualquier político griego, sino que fue instrumentalizada por los atenienses en el marco de su propio posicionamiento político dentro del mundo griego.

¹⁵ De un modo casi paradójico, la invención del bárbaro coincide con la invención de la Historia, esto es, con el inicio de la escritura de la Historia y el nacimiento de la Historia como género específico, de modo que Heródoto, el “padre de la historia” es también el padre de la grecidad occidental y de la barbarie oriental o, mejor dicho, el padre de las definiciones.

Asia y los pueblos bárbaros que la habitan y consideran que Europa y los griegos son diferentes” (Historias I, 4, 4).¹⁶

Cuando Heródoto comienza sus *Historias* y narra el conflicto con los persas que pertenece a su pasado inmediato, están los griegos por un lado y los bárbaros por el otro, pero no da explicaciones al respecto, pues parece que su público sabe y entiende quiénes son cada uno, de modo que no es necesario detenerse en precisiones.¹⁷ Sin duda existía una representación de los griegos en base a los rasgos comunes, pero cómo se describe a un bárbaro y cómo se entiende que un bárbaro es un persa? Ya vimos que los griegos no distinguen a los bárbaros por su color de piel, sino por su hablar incomprensible, por su razonamiento diferente o por su falta de cultura o refinamiento. Pero este concepto de barbarie no se puede aplicar de ningún modo a los persas, a los egipcios o a los orientales, pues tanto Heródoto como sus conciudadanos conocían persas pertenecientes a estratos altos, refinados y de gran cultura, y a ningún griego se le hubiera ocurrido llamar bárbara a la refinada aristocracia persa. Además, muchas familias griegas conservadoras, tanto del continente como del Asia Menor, ligadas generalmente a las concepciones oligárquicas o de tradición tiránica, miraban con mucha simpatía hacia oriente y en caso de necesidad también encontraban asilo allí. Los miembros de las clases altas griegas se encontraban en el mismo nivel que los aristócratas persas y varios griegos se esmeraron sin éxito por casarse con una princesa persa (Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso I, 128,7; Heródoto, Historias, V, 32). Por lo tanto, para que Heródoto pueda aplicar a los persas el término bárbaro debe, sin duda, definir nuevamente el término, es decir, construir un concepto de barbarie que le permita su aplicación al mundo persa y oriental. De este modo, Heródoto es el autor que cristaliza con su práctica de escritura el momento final de un proceso de construcción de un concepto político. Los bárbaros son los otros, el enemigo, encarnados en primer lugar por los persas, por eso el bárbaro por excelencia es el rey

¹⁶ Así como no existía el concepto de helenos tampoco existía la nominación del territorio común, pues el concepto griego “Hellás” (Hélade) para designar a Grecia no se documenta en el tiempo anterior a las guerras Persas, como Tucídides lo manifiesta (I.3), ya que Hellás designa en época arcaica a un territorio determinado del norte de Grecia. Hellás aparece en Homero para designar una comarca meridional de Tesalia junto a la Ftiótida. El término “Grecia” no lo encontramos en ningún autor anterior a Aristóteles y fue divulgado por los romanos, que hicieron extensivo a todo el país el nombre de la tribu epirota de los *graeci*.

¹⁷ Así comienza Heródoto sus *Historias*, Introducción del Libro I: “Es ésta una exposición de la investigación de Heródoto de Halicarnaso, a fin de que ni lo realizado por los hombres se desvanezca con el tiempo, ni queden sin gloria las obras grandiosas y admirables, recogidas unas por los griegos y otras por los bárbaros, y también otra cosa, por qué causa guerrearon unos contra otros”. Trad. de Arturo Ramírez Trejo (1976).

persa, el Gran Rey.¹⁸ El concepto de barbarie pasa, entonces a ser un concepto político, pues Heródoto es tolerante y comprensivo frente a costumbres persas, sin embargo es siempre crítico con respecto al régimen de gobierno y el comportamiento del Gran Rey. La barbarie y su antinomia reciben entonces un matiz fundamental para el futuro paradigma, pues el bárbaro es el que no conoce la ciudad democrática y libre que se rige por leyes ante las cuales todos los ciudadanos son iguales, el bárbaro es el que vive bajo un régimen despótico, mientras el griego comparte la ciudad democrática o isonómica. La nueva cara de la antinomia será el “despotismo oriental” frente a la “libertad griega” que encarna la democracia ateniense.

De este modo, el concepto de bárbaro que hoy nos resulta familiar se terminó de construir y se instauró definitivamente después de la victoria de los griegos sobre los persas.¹⁹ El marco histórico de esta construcción es la conducción política de Atenas en la Liga de Delos, que se fundó en el 478-477 y agrupaba a numerosas ciudades del Egeo que aportaban tributo para mantener la flota ateniense que los defendería ante el peligro persa. Esta Liga se transformó en un instrumento de la hegemonía ateniense que debía continuar la lucha contra los persas para proteger la libertad de las ciudades griegas.

Sin duda los persas fueron un verdadero peligro, pero aun después de vencidos, Atenas necesitaba mantenerlos como enemigos para justificar la existencia de la Liga, y cobrar el tributo, esto es, para legitimar su hegemonía y consolidar su dominio, de allí la construcción del persa como el bárbaro por excelencia, como amenaza continua, como el enemigo permanente que justifica un ejército y una flota permanente.²⁰ Este es

¹⁸Esta visión radicalizada que coloca al persa a la cabeza de la barbarie se instala después de la victoria griega, pues durante los años de la guerra ningún griego hubiera llamado bárbaro al enemigo persa, se hablaba de medos o de persas, pero no de bárbaros. Cfr. Brodersen (1992) Nr. 32 : medos, Nr. 39: Asia, Nr. 41: persas.

¹⁹ Durante los años de la guerra ningún griego llamó bárbaro al enemigo, se hablaba de medos o de persas, pero no de bárbaros. Antes de Heródoto, el ingreso al vocabulario político y poético de la época del término bárbaro aplicado al persa recién lo constatamos en *Los Persas* de Esquilo, representada en el 472 a.C., donde encontramos un momento importante en la construcción del paradigma del bárbaro y su territorialización, pues funda también la oposición ente Europa y Asia con la imagen de las dos hermanas enemigas. En las comedias del siglo V también aparecen algunos bárbaros orientales, como en *Los Acarnienses* de Aristófanes.

²⁰ El fin de la guerra contra los persas significaba la disolución de la Liga, con lo cual Atenas dejaría de recibir el tributo de las demás ciudades griegas. Seguir percibiendo este tributo de las demás ciudades griegas era clave tanto para la política externa como interna de Atenas. Por un lado, le permitía mantener su posición hegemónica frente a las demás ciudades griegas e, internamente, le permitía mantener el sistema democrático, pues de este tributo dependía el equilibrio social. En efecto, con el tributo se financiaba la manutención de la flota, fuente de trabajo para gran parte del demos, ciudadanos sin tierra que se desempeñaba como remeros y recibía un sueldo (*misthós*) del estado ateniense. Además del tributo, las clerouquias y la explotación económica posibilitada por la posición hegemónica eran fuente de ingreso para la construcción de obras públicas para el bienestar de los ciudadanos atenienses. De allí que Atenas, defensora de la libertad de las ciudades griegas frente al peligro de la dominación persa, para

el contexto histórico que hace comprensible el nuevo concepto de barbarie y su aplicación a los persas. Los persas, cuando se iniciaron los conflictos, fueron un peligro real para las ciudades griegas, pero, una vez vencidos, ellos fueron contruidos y utilizados como imagen del enemigo permanente para la estabilización y legitimación del dominio ateniense, para mantener la Liga, la flota y seguir recibiendo el tributo de las demás ciudades griegas.

De este modo, las guerras contra los persas y la posición hegemónica de la Atenas democrática cumplieron su función en la construcción del paradigma del bárbaro y en la redistribución del campo de la alteridad que quedó fijado en torno a esta polaridad: los griegos, frente a todos los otros, los no griegos, los bárbaros, los enemigos, los persas, los orientales. El bárbaro será ante todo, más que cualquier otro y durante mucho tiempo, el persa, y el bárbaro por excelencia será el Gran Rey, encarnación de la *hýbris* despótica, mientras los griegos y, en especial los atenienses, encarnan la libertad y la democracia. En lo sucesivo, la oposición Europa-Asia y Occidente-Oriente va a superponerse exactamente a aquella oposición heleno-bárbaro que surge del contexto de las guerras contra los persas y el posterior posicionamiento hegemónico de Atenas. La instalación del paradigma del bárbaro como el persa debe ser comprendida en este contexto, la necesidad de construir un enemigo permanente, para mantener una posición hegemónica permanente.

La antítesis se refuerza en la ideología panhelénica posterior, que concebía que los helenos existen para gobernar, los bárbaros para servir. Esta concepción recién encontrará otras posiciones en el siglo IV, cuando la miseria de la Guerra del Peloponeso, la pérdida del poderío ateniense y el fracaso de la democracia lleva al intento de huir a otras utopías que desplazan las definiciones políticas en las que se basaba la superioridad de los helenos y ponen el acento en la superioridad cultural.²¹ De este modo, dado que la realidad política les resulta adversa, tienen la posibilidad de posicionarse como superiores por la educación (Isócrates, *Panegírico de Atenas*: 50). Sin embargo, en el fondo, siempre seguirá vigente la visión política de la división entre griegos y bárbaros. La antítesis idealiza y armoniza las situaciones diferentes de un pueblo heleno que se siente superior y esconde superficialmente los particularismos y

mantener la Liga bajo su liderazgo, necesite que los persas, aun después de vencidos, sigan siendo un peligro amenazante. Cfr. Austin y Vidal-Naquet (1986:124).

²¹ Este acento de lo cultural que tiene lugar en los siglos IV y III hace que la grecidad en lo sucesivo se presente como algo que puede adquirirse y lleva al tema de la educación, tema clave de esta época en la que Atenas se mostrará como la educadora de la humanidad.

tensiones existentes entre las diferentes ciudades griegas bajo la ilusión de una comunidad según criterios vigentes solo para una parte o un determinado sector, que son transferidos a todos. Frente a esta ampliación ilegítima de valores óptimos a una sociedad tan dispar, está la nivelación uniforme de todos los extranjeros según propiedades negativas extremas.

Resumiendo, podemos decir que el paradigma griego del bárbaro, que partió de un hecho lingüístico, el no saber hablar griego, se basó luego en prácticas culturales y fue sinónimo de brutalidad y falta de desarrollo de pueblos lejanos, especialmente del norte, y evolucionó hacia un concepto político y cultural. En los momentos de formación del paradigma vemos cómo las circunstancias políticas son decisivas para la construcción de la representación del bárbaro, ya que el contexto histórico de las guerras contra los persas y el posicionamiento político de Atenas frente a las demás ciudades griegas son claves para la construcción y mantenimiento de la oposición griego-bárbaro, que resulta funcional a las pretensiones hegemónicas atenienses.²²

III. La construcción romana del bárbaro.

Dado que el uso amplio del término bárbaro no siempre implicaba un matiz peyorativo, la comedia nos muestra en algunas oportunidades a los romanos llamándose a sí mismos bárbaros (Plauto, mil.glor. 213). Sin embargo, el sentido tradicional negativo como bruto e inhumano despertó críticas como las de Catón y paulatinamente se excluye a los romanos del concepto de bárbaros (Plinio, nat. 29,7,14). Cicerón (rep. 1,58) resaltó que las diferencias entre griegos y bárbaros era puramente nominal y entonces no decía nada, o apuntaba a las costumbres, siendo entonces iguales los romanos y los griegos. La tríada romanos, helenos y bárbaros se convirtió en usual. De este modo, con la adaptación de la cultura griega, los romanos se colocaron del lado de los griegos frente a los bárbaros y la antítesis heleno-bárbaro va perdiendo vigencia. Efectivamente, las tendencias cosmopolitas del pensamiento helenístico habían relativizado el concepto de bárbaro, sobre todo después de que Alejandro forzara, en cierto modo, la fusión de griegos y bárbaros. Pero, por sobre todo, la especificidad de la mentalidad romana y las tareas concretas de orden político-militar y también ideológico hacían inaplicable un concepto de bárbaro único y general que abarcara a todos los pueblos diferentes de los romanos. De allí que el término bárbaro pierda el sentido que le atribuyeron los griegos

²² Debemos tener en cuenta que la democracia ática no fue de ningún modo el terreno propicio para hermanar a todos los griegos, sino un sistema que defendía de manera enérgica los derechos de sus propios ciudadanos frente a las aspiraciones de los extranjeros.

y observamos en el plano político y civil un uso diferenciado del término que llevará a la construcción de un nuevo paradigma del bárbaro.

Los historiadores y geógrafos romanos, situándose en la tradición de los griegos, no permanecen ajenos a la temática del bárbaro y Julio César, Estrabón, Plinio, Tito Livio y, sobre todo, Tácito, dedicarán extensos relatos a la descripción de la vida, costumbres, religión, movimientos y organización de los pueblos bárbaros (Flach, 1998). En todos estos autores, a su vez, observamos cómo la construcción del otro es un camino de definición de la propia identidad romana, pero notamos la ausencia del paradigma griego del bárbaro, que, sin duda, no era funcional a las pretensiones hegemónicas romanas y había que redefinirlo para asignar a los bárbaros un lugar en el proyecto propio. Todos los autores romanos se refieren a los bárbaros, sin embargo el variado abanico de seres y culturas que los romanos subsumen bajo esa denominación impide un uso genérico y la aplicación del término bárbaro simplemente a “todos los otros” o a los enemigos. En los autores romanos encontramos un concepto de bárbaro elaborado y diferenciado y asistimos a la invención de un nuevo paradigma, funcional a una Roma que pasará de ser una ciudad-estado a constituir la cabeza de un gran imperio territorial. En efecto, a los romanos de la república temprana, preocupados por la conquista, la consolidación del estado y el posicionamiento hegemónico, no les resultaba operativo el modelo antinómico heleno-bárbaro ni era factible su simple sustitución por la antinomia romano-bárbaro, porque no les resultaba funcional el segundo término de la antinomia. De allí que para poder colocarse ellos mismos del lado de los griegos y, a su vez, mantener su posición hegemónica en base a alianzas y anexión de “otros” pueblos, esto es, para poder incluir a bárbaros en su proyecto, los términos de esta antinomia tienen que ser reformulados, sobre todo el segundo, esto es, había que redefinir al bárbaro.²³ Resulta evidente que la aplicación política del concepto tradicional de bárbaro heredado de los griegos no tenía más lugar dentro de un Imperio determinado por el dominio romano y cuya expansión continua colocaba el enfrentamiento con bárbaros en lugares cada vez más lejanos, pues los que ayer eran bárbaros ahora forman parte del imperio romano, y a los bárbaros hay que buscarlos cada día un poco más allá, allende los flexibles límites del imperio en expansión. Se imponía entonces una diferenciada consideración de los pueblos vecinos y extraños, pues los “otros” no forman un todo indiferenciado ni son los “enemigos”, a veces son

²³ Sin lugar a dudas la reformulación del segundo término implica también la reformulación del primero y viceversa, dado que son interdependientes.

aliados, clientes o amigos del pueblo romano, de allí que se los distinga según sus características, se los catalogue y se los jerarquice. La práctica política y militar romana caracterizada por las variadas formas de penetración de las influencias romanas más allá de las fronteras, las intensivas relaciones comerciales, la paulatina consolidación de un sistema de dominio indirecto y jerarquizado y las fuertes relaciones de dependencia y de clientelas foráneas (Christ, 1979), impedía la aplicación global del concepto de bárbaro a los pueblos que se encontraban fuera del Imperio.²⁴ En la construcción romana observamos también una nueva territorialización del bárbaro, pues el bárbaro ya no es el bruto que habita al norte o el oriental que habita el Asia, sino que es el que está fuera del imperio, allende sus límites, sea esto en Europa o Asia. La frontera era móvil, pues la expansión del imperio colocaba a los pueblos bárbaros en lugares cada vez más lejanos.

Este es el contexto en el que se ubica la obra de Julio César,²⁵ el escritor romano más antiguo que informa sobre la incursión romana en tierras bárbaras y describe la naturaleza de los pueblos que habitan estas regiones lejanas.²⁶ Para nuestro caso, la obra clave es *de bello gallico*, pues desde sus primeras líneas nos encontramos con un verdadero catálogo de pueblos bárbaros, y, a lo largo de toda la obra, con una sutil pero firme y clara construcción de los conceptos de romanidad y barbarie. Además, los famosos excursos del *de bello gallico* sobre los galos, germanos y británicos, constituyen, junto con la *Germania* de Tácito, las fuentes romanas más importantes que tenemos a disposición sobre este tema (Ames, 2002). De la lectura de estas obras resulta claro que los romanos conocen todos los topos que caracterizan a los pueblos bárbaros como carentes de cultura, tal como ya lo habían desarrollado historiadores y geógrafos griegos.²⁷ Pero no pueden adoptar la definición griega del “bárbaro” como el “otro” ni como el enemigo, pues en su proceso de expansión algunos de estos “otros” son sus aliados y luego serán ciudadanos romanos, es decir, estos “otros” pasarán a formar parte

²⁴ Esta aplicación, como ya dijimos, recién se dará en el siglo III d.C. ante la nueva constelación política en la que resulta funcional una antítesis romano-bárbaro claramente estigmatizante.

²⁵ Lamentablemente se ha conservado poco de los numerosos escritos que la tradición ha asignado a Julio César. Se han perdido poemas, discursos, cartas, una polémica contra Catón y un escrito gramatical sobre la analogía y solo se han conservado siete libros sobre sus campañas en la Galia (59 y 52 a.C.) y tres libros sobre la guerra civil, que relatan los enfrentamientos con Pompeyo (49-48 a.C.).

²⁶ Al poco tiempo del asesinato de César apareció una especie de “edición completa” redactada con materiales de César y de sus colaboradores. Esta edición contenía los ya mencionados comentarios y la continuación, escritos por diferentes autores (*commentarii de bello alexandrino, africano, hispaniensi*). Hirtius escribió el libro octavo del *de bello gallico*, que narra los acontecimientos en la Galia en el 52-51 y, a su vez, sirve de eslabón entre esta obra y el *de bello civile*.

²⁷ Cfr. El capítulo “Die Wiederentdeckung der Klassiker“ en Flach (1998: 92-108).

del “nosotros”. Es más, muchos de esos “otros” son forjadores y colaboradores del sistema romano que terminan incorporándose y formando parte de él.

Ya desde el primer libro del *de bello gallico* nos encontramos con un catálogo de pueblos bárbaros, todos diferentes, muchos de ellos, subsumibles bajo el concepto de galos. Estos pueblos serán vencidos, pacificados y romanizados, otros son demasiado salvajes para tener esta suerte y deben permanecer fuera del imperio, como los germanos y los británicos. La mirada de Julio César a los “otros” distingue, clasifica y jerarquiza, ya que no todos los “otros” son bárbaros en la misma medida, muchos de ellos, incluso, han pasado a formar parte de las legiones de César y luchan junto con él. La advertencia de diferentes niveles de barbarie, potencial bélico y peligrosidad determina la campaña de Julio César, la construcción de nuevas fronteras del imperio romano y la consecuente reorganización del espacio geográfico. A este proyecto del general romano le son funcionales los excursos sobre los pueblos bárbaros que César introduce en la segunda parte de la obra.²⁸

Efectivamente, los excursos geográficos y etnográficos resultan paradigmáticos para este catálogo y clasificación de pueblos bárbaros, basado en una caracterización diferenciada que le permite a Julio César construir su representación del otro en el marco de la explicación y legitimación del proceso histórico que él protagoniza. Los largos excursos de los libros V y VI resultan claves para la representación de galos, británicos y germanos y para la determinación del canal de la Mancha y del Rin como frontera entre ellos y como frontera del imperio. El excurso del libro quinto sobre los británicos deja en claro que al otro lado del canal viven pueblos salvajes y peligrosos, enemigos del pueblo romano. La naturaleza de este pueblo tan salvaje impide su romanización y lo deja fuera del dominio romano; César incursiona en la isla pero no la conquista ni la “pacífica” y abandona su empresa antes de vencer a los británicos. El nivel de barbarie de este pueblo justifica el comportamiento de César. El famoso excurso del libro VI caracteriza a los germanos y, además, a los galos, marcando las diferencias entre ambos. En contraposición a los germanos, los galos, aunque son desleales e inconstantes, son dóciles y pueden aprender de los romanos e integrarse a su dominio, son romanizables; los germanos, por el contrario, al ser mucho más salvajes,

²⁸ La introducción de estas digresiones propias del género historiográfico es posible por el uso que hace César de la tercera persona, que permite el cambio de lugar del enunciador, un enunciador alejado del sujeto del enunciado que se sitúa por encima del teatro de operaciones y, en forma omnisciente, puede ofrecer al lector una serie de informaciones que aquel enunciador idéntico al sujeto del enunciado, que encontramos en los primeros libros, no puede aportar desde esta posición. Cfr. Ames (2002).

deben permanecer fuera pues no son romanizables. Sin duda Julio César, para llevar a cabo su empresa de “pacificación de toda la Galia” tiene que constituir primero esa Galia como un todo, demarcarla, construir su frontera “natural”. Esta demarcación geográfica está unida a las diferencias culturales de los habitantes, los galos que viven a un lado del Rin son, según Julio César, completamente diferentes de los germanos que viven al otro lado del mismo río. Así, bajo la apariencia de la introducción de noticias de carácter geográfico y etnográfico César “construye” una división ficticia entre una Germania a la derecha del Rin, bárbara y salvaje, y una Galia a la izquierda del Rin, bárbara pero dócil, esto es, romanizable. Sin duda, César necesitaba fortalecer la frontera del Rin como demarcación geográfica con una división étnica para poder presentar su conquista de la Galia hasta el Rin como una empresa cerrada y concluida y regresar a Roma sin conquistar Britania ni Germania. De este modo, la descripción de pueblos bárbaros que César introduce por medio de excursos, lejos de constituir un tratado etnográfico, resulta un elemento funcional a la legitimación de sus acciones, él construye, cataloga y jerarquiza a los pueblos bárbaros de acuerdo al lugar que les asigna en su propio proyecto.

Fuera de los excursos es necesario destacar la importancia de una mirada decodificadora a todo el relato de la guerra de las Galias, pues Julio César, en la totalidad de su narración, construye a través de diferentes simulacros una imagen de los bárbaros que contrasta con la de los soldados romanos y con la de él mismo. El campo de batalla es entonces el escenario donde vemos a romanos y a bárbaros y el comportamiento de uno y otro marca las diferencias y define las identidades. Julio César no escatima los elogios que le merecen los bárbaros, sean galos o germanos, ellos son valientes y aman la libertad, sus acciones heroicas son reflejo de virtud, están acostumbrados a guerrear y aman las batallas y la fama. Los germanos, por el tipo de alimentación y las costumbres, son fuertes, de gran tamaño y se conducen con libertad. Pero también destaca que los germanos desde la niñez no están acostumbrados al deber y a la disciplina y no hacen nada en contra de su voluntad.²⁹ Ellos son determinados y dominados por las pasiones, por la primera impresión, sus decisiones son imprevisibles, inconstantes, repentinas.³⁰ Aquí encontramos aspectos negativos los topos del bárbaro

²⁹ Cfr. BG IV, 1: *a pueris nullo officio aut disciplina adsuefacti nihil omnino contra voluntatem faciunt*. Cfr. también VII, 30, donde se refiere a que la gente, que no estaba acostumbrada a esos trabajos (para la fortificación del campamento) quedó tan consternada, que pensaban que debían hacer y soportar todo lo que se les ordenaba.

³⁰ BG III, 8, 3: *Horum auctoritate finitimi adducti, ut sunt Gallorum subita et repentina concilia.....*

que ya conocíamos en el concepto griego, pues los barbaros son desordenados y torpes, desconocen el orden, la disciplina y la conducción, base de la legión griega y romana, y Cesar cuenta que son tan ruidosos y anárquicos que su marcha parece una huida.³¹ Pero tambien aquí aparece la diferencia con el concepto griego; los bárbaros pueden aprender y romanizarse, pueden llegar a ser soldados y ciudadanos romanos. Cuando los bárbaros se conducen disciplinadamente, es porque han aprendido de los romanos, por eso Julio César recuerda a sus soldados que los esclavos liderados por Espartaco (73-71 a.C.) pudieron resistir tanto tiempo en su levantamiento porque tenían a su favor la pericia y disciplina que habían aprendido de los romanos³² y destaca, además, la capacidad de los bárbaros para imitar y practicar las invenciones de otros.³³

En los demás autores romanos, sobre todo en Tácito, encontraremos la misma tendencia a limitar la validez de generalizaciones negativas sobre los pueblos bárbaros, reconociendo valores, peculiaridades y costumbres. Sin duda bárbaro significa falta de cultura, bruto e incluso a veces inhumano, pero hay diferentes grados de barbarie, lo que implica la ausencia de un concepto de bárbaro que englobe a todos los otros pueblos y hace posible la aplicación de un concepto funcional que permite la incorporación de bárbaros en el proyecto romano e impide la aplicación de la antinomia romano-bárbaro en el periodo republicano e imperial. Recién en el siglo III d.C. comienza a cristalizarse una situación política que dará lugar al funcionamiento de la antinomia romano-bárbaro. En esta época se aceleró la crisis del sistema político y administrativo que caracterizó al Alto Imperio. Además, se produjo una nivelación de la población del Imperio a partir de la *constitutio Antoniana*, que otorgó la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio. A esto se suma la creciente amenaza al Imperio desde afuera, que dio lugar a las llamadas “invasiones bárbaras”. Todo ello condujo a la antinomia romanos-bárbaros. Esta antítesis parece reeditar aquella oposición heleno-bárbaros que se dio en el contexto de la lucha contra los persas y de la posterior hegemonía ateniense. Nuevamente los bárbaros son todos “los otros”, los extranjeros, los enemigos que amenazan desde afuera al orden imperial romano. Pero a diferencia del mundo helénico los bárbaros pueden convertirse en romanos, bárbaros

³¹ BG II, 11,1: *Ea re constituta, secunda vigilia magno cum strepitu ac tumulto castris egressi, nullo certo ordine neque imperio, cum sibi quisque primum itineris locum peteret et domum pervenire properaret, fecerunt ut consimilis fugae profectio videretur.*

³² BG I, 40, 5-6: *...factum etiam nuper in Italia servili tumultu, quos tamen aliquid usus ac disciplina quam a nobis accepissent sublevarent.*

³³ Cfr. BG VII, 22.

son los germanos y soldados extranjeros que ahora están orgullosos de ese nombre.³⁴ Desde entonces la cadena se puede prolongar hasta la Edad Media, con sus bárbaros sarracenos, ávares, húngaros, eslavos, turcos y hasta la Edad Moderna con sus ideología imperiales o imperialistas. La figura lingüística de la antinomia se siguió manteniendo en la medida que estaba siempre disponible el polo de los bárbaros o de la barbarie para ser ocupado negativamente.

IV. Consideraciones finales

Mientras el paradigma del bárbaro como extranjero y no griego era funcional a la mentalidad política ateniense dado el carácter exclusivista de la polis, que no otorgaba la ciudadanía a ningún extranjero y que obligaba a Atenas a mantenerse siempre como una ciudad-estado y no expandirse territorialmente, el paradigma romano es funcional a otra mentalidad y a otro proyecto político. La originalidad romana está en la construcción de una barbarie que no forma un todo indiferenciado, sino que distingue tipos y grados. Romanos y bárbaros son diferentes, pero se evita la antinomia, los bárbaros pueden convertirse en romanos cuando luchan por Roma. Así, el ejército romano se convierte en el vehículo de romanización de los bárbaros, que al incorporarse a la legión romana y pelear por Roma, no lo hacen como mercenarios sino que terminan por incorporarse al imperio como ciudadanos y pasan a ser parte constitutiva y reproductora del estado romano. El paradigma romano, en contraposición al griego, permitirá otorgar la ciudadanía a bárbaros y extranjeros, ampliar el estado, expandirse y pasar de una ciudad-estado -Roma- a un estado territorial -el Imperio Romano-. Griegos y romanos construyen una imagen del bárbaro que es funcional a sus modalidades y pretensiones de dominio.

La construcción imaginaria del bárbaro formulada por griegos y romanos nos es familiar, pues ha sido transmitida por las escuelas occidentales y cristianas que, han contribuido a la internalización de paradigmas y antinomias. A partir de allí, las diferentes proyecciones que vemos aún funcionando en la actualidad son nuevos eslabones en la cadena de la alteridad, que mantienen vivas las antinomias: pagano cristiano, Oriente-Occidente, racionalidad-irracionalidad, civilización-barbarie. Estas antinomias, con diferentes rostros, aún hoy continúan siendo funcionales al sistema hegemónico vigente.

³⁴ Esta circunstancia llevó a que muchos historiadores se refieran al “proceso de barbarización” del imperio romano.

V. Bibliografía

- Adcock, Franz (1962) *Caesar als Schriftsteller*, Göttingen (1956).
- Austin, Michel y Vidal-Naquet, Pierre (1986) *Economía y sociedad en la Antigua Grecia*, Ediciones Paidós, Barcelona.
- Ames, Cecilia (2003) “Los comentarios del Señor Julio César. La escritura de la historia como practica politica”, en Mozejko, Danuta T. y Costa, Ricardo, *Lugares del decir. Competencia social y estrategias discursivas*, Homo Sapiens, Rosario, p. 43-66.
- Brodersen, Kai (1992) *Historische Griechische Inschriften in Übersetzung*. Band I: Die archaische und klassische Zeit. Darmstadt.
- Burns, Thomas S. (2003) *Rome and the Barbarians, 100 B.C.-A.D.400*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London.
- Cancik, Hubert (1986) “Rationalität und Militär - Caesars Kriege gegen Mensch und Natur“, en: *Lateinische Literatur, heute wirkend II*, Göttingen, p. 7-29.
- Cobet, Justus (1996) “Europa und Asien - Griechen und Barbaren - Osten und Westen. Zur Begründung Europas aus der Antike“, en *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, Bd. 47 , p. 405 - 419.
- Collins John H. (1973), “Caesar as Political Propagandist”, *ANRW I 1*, p. 922-966.
- De Certeau, Michel (1990) *L'invention du quotidien*, Gallimard, Paris.
- Dauge, Y. A. (1981) *Le barbare. Recherches sur la conception romane de la barbarie*, Paris.
- Christ, Karl (1994) *Caesar. Annäherungen an einem Diktator*, München.
- Christ, Karl (1979) “Römer und Barbaren in de hohen Kaiserzeit“, *Saeculum 10*, 273-288.
- Flach, Dieter (1998) *Römische Geschichtsschreibung*, Wissenschaftliche Buschgesellschaft, Darmstadt.
- Foucault, Michel (1976), *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Ed., México.
- Glücklich, Hans J. (1990) “Soldaten für Caesar. Vier Szenen aus den Commentarii”, *AU 33,5*, p. 74-81.
- Gärtner, Arnold (1975) *Beobachtungen zu Bauelementen in der antiken Historiographie, besonders bei Livius und Caesar*, Historia Einzelschriften 25, Wiesbaden, p. 63-118.

- Görler, Werner (1980) "Caesar als Erzähler (am Beispiel von BG II 15-17)", *AU* 23,3, p. 18-31.
- Hall, Edith (1989) *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition*
- Harmand, Jacques (1973) "Une composante scientifique du Corpus Caesarianum: le portrait de la Gaule dans le "de bello gallico" I-VII", *ANRW* I 3, p. 523-595.
- Hartog, Francois (2003) *El espejo de Heródoto*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, (1980).
- Hartog, Francois (1999) *Memoria de Ulises. Relatos de frontera en la antigua Grecia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, (1996).
- Jüthner, Jürgen (1923) *Hellenen und Barbaren. Das Erbe der Alten*, Leipzig.
- Kirk, G.S. y Raven, J.E. (1969) *Los Filósofos Presocráticos*, Editorial Gredos, Madrid.
- Koselleck, Reinhart (1984) *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Ediciones Paidós. Barcelona.
- Kroimann, Jürgen (1973) "Caesar und das Corpus Caesarianum in der neuen Forschung", *ANRW* I, 3, p. 457 ss.
- Latacz, Joachim (1978) "Zu Cäsars Erzählstrategie (BG I 1-29)", *AU* 21,3, p. 70-87.
- Lohman, Dieter (1990) "Leserlenkung im Bellum Helveticum", *AU* 33,5, p. 56-73.
- Mensching, Eckart (1988) *Caesars bellum Gallicum. Eine Einführung*, Frankfurt am Main.
- Malitz, Jürgen (2001) "Der Umgang mit Fremden in der Welt der Griechen: : "natives", Perser, Juden", en: *Kontakte Konflikte Kooperationen. Der Umgang mit Fremden in der Geschichte*, editado por Waltraut Schreiber, (Eichstätter Kontaktstudium zum Geschichtsunterricht. Band 2.), Neuried: ars una, p. 47 -76.
- Mozejko, Danuta T. (2000) "La práctica de la investigación sobre el discurso como práctica", en *Lengua y Literatura, Temas de Enseñanza e Investigación*, Cordoba, p. 53- 59.
- Momigliano, Arnaldo (1992) "Cómo reconciliar griegos y troyanos", en *De Paganos, Judios y Cristianos*, Fondo de Cultura Económica, Mexico , p. 426-465.
- Nippel, Wolfgang (1990) *Griechen, Barbaren und Wilde, Alte Geschichte und Sozialanthropologie*, Frankfurt.
- Oppermann, Hans (1933) *Caesar, der Schriftsteller und sein Werk*, Neue Wege zur Antike, Leipzig.
- Pascucci, Giovanni (1973) "Interpretazione linguistica e stilistica del Césare autentico", *ANRW* I 3, p. 488-522.

- Raditsa, Leo (1973) "Julius Caesar and his Writings", *ANRW I* 3, p. 417-456.
- Rambaud, Michel (1952) *L'art de la deformation historique dans les commentaires de César*, Thèse Paris (Annales de l'Universite de Lyon, Lettres III 23, 1953).
- Richter, Will (1977) *Caesar als Darsteller seiner Taten*, Heildelberg.
- Richter, Will, "Die Darstellung der Hunnen bei Ammianus Marcellinus", *Historia* 23, 1974, p. 343-359.
- Rüpke, Jörg (1992) "Wer las Caesars bella als comentarii?", *Gymnasium* 99, p. 201-226.
- Rüpke, Jörg (1990) *Domi Militiae. Die Religiöse Konstruktion des Krieges in Rom*, Stuttgart.
- Rüpke, Jörg (1990) "Gerechte Kriege - gerächte Kriege", *AU* 5 (1990), p. 5-13.
- Siebenborn, Eckart (1990) "Bellum Iustum", *AU* 33,5, p. 39-55.
- Timpe, Dieter (1965) "Caesar gallischer Krieg und das Problem des römischen Imperialismus", *Historia* 14, p. 189-214.
- Vogt, Joseph (1960) "Caesar und seine Soldaten", en: *Orbis. Ausgewählte Schriften zur Geschichte des Altertums*, Freiburg, p. 89-109.
- Welch, Karin y Powell, Anton (1998) *Julius Caesar Artfull Reporter: The War Commentaries as Political Instruments*, Londres.